

# Autonomía emocional feminista: bordando experiencias cotidianas del confinamiento

## Feminist emotional autonomy: embroidering everyday experiences of confinement

Rocío Elizabeth Rivera Guzmán

**E**l presente artículo aborda la generación de narrativas de autonomía emocional de las mujeres en un periodo de pandemia y confinamiento, condiciones que en México y América Latina han endurecido la situación de violencia hacia ellas, severa antes de presentarse la crisis sanitaria. Dichas narrativas son elaboradas desde iniciativas colectivas virtuales a partir del bordado como forma de acción política feminista desde lo cotidiano con consecuencias favorables en la salud mental, partiendo de la experiencia personal.

Palabras clave: autonomía emocional, bordado, feminismo, pandemia.

**T**his article approaches the generation of emotional autonomy's narratives for women in a period of pandemic and confinement, conditions that in Mexico and Latin America have resisted the situation of violence against them, severe even before the health crisis occurred. These narratives have been elaborated based on personal experience from virtual collective initiatives through embroidery as a form of feminist political action from the everyday with favorable consequences on mental health.

Key words: emotional autonomy, embroidery, feminism, pandemic.

Fecha de recepción: 19 de febrero de 2021

Fecha de dictamen: 12 de marzo de 2021

Fecha de aprobación: 26 de abril de 2021

## INTRODUCCIÓN

A un año del confinamiento por la pandemia y considerando el contexto patriarcal y neoliberal al que se orienta gran parte de América Latina, la violencia hacia las mujeres se incrementó de manera alarmante. El total de mujeres asesinadas en abril de 2020 registró un promedio de 11.2, por día. Además, de marzo a abril de 2020, los asesinatos de mujeres aumentaron en 2%; mientras que los asesinatos de hombres se redujeron 0.2%. Por otro lado, respecto de llamadas relacionadas con violencia sexual, familiar y contra las mujeres, en abril de 2020, el promedio es de 143 llamadas por hora (Equis, 2020).

Francesca Gargallo (2018) explica, desde la reflexión de Lorena Cabnal y los feminismos comunitarios, que el patriarcado latinoamericano es especialmente violento debido al “entronque patriarcal”, lo cual lo vuelve colonialista y genocida en un territorio donde las mujeres son 50% de la población y son, además, quienes dan estructura a la economía comunitaria. La exacerbación de los patriarcados originales es la manifestación del entronque patriarcal, que consiste en el reforzamiento del patriarcado de las comunidades con la llegada del patriarcado cristiano colonialista a América (Gargallo, 2018). El patriarcado es entendido como la manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres, niños y niñas de la familia y la ampliación de ese dominio sobre las mujeres en la sociedad en general (Lerner, 1990). Tanto en niveles globales como locales, este recrudecimiento, aunado a las narrativas sobre la pandemia por parte de los Estados nacionales, que infunden miedo y pánico, reproducen un discurso de guerra y promueven un distanciamiento individualista (Hackeo Cultural, 2020); es más visible y repercute en la salud mental de la población, específicamente de las mujeres, quienes mayoritariamente asumen el rol de cuidadoras y que, además, históricamente se han identificado con narrativas patriarcales de sus propias emociones, que las construyen proclives a la tristeza y angustia, como disociadas de la ira legítima. La salud mental de las mujeres ha sido un campo patologizado y medicalizado, abordado desde lo individual, por lo cual, en este artículo se exploran las posibilidades de la salud mental como la concibe Clara Benedicto (2018), quien propone ir más allá de la ausencia de enfermedad mental y pensarla como “un conjunto de estrategias individuales y colectivas de afrontamiento y procesamiento de la experiencia cotidiana implicadas en caminar hacia un ideal de bienestar y equilibrio personal y relacional” (2018:608).

En este contexto, diversas iniciativas feministas abren camino para dichas estrategias a partir de expresiones artísticas creadas desde lo colectivo. Una de ellas es el arte textil, con tradición extendida en toda América Latina; el bordado ocupa el lugar de análisis de este artículo debido a su resurgimiento durante el periodo de pandemia entre

grupos de mujeres que además elaboran sus propuestas a partir de acompañamientos y convocatorias en espacios digitales.

Sin duda, estas iniciativas tienen consecuencias favorables para la salud de las mujeres, incluso cuando estos efectos no se plantearon como objetivos. Estos trabajos colectivos surgen en autonomía, desde un discurso que se dibuja como herramienta política para las mujeres desde los feminismos comunitarios y descoloniales para su emancipación. Este artículo busca aportar el componente emocional de la autonomía feminista en respuesta a las narrativas patriarcales de las emociones de las mujeres, las cuales perjudican su salud mental. La propuesta consiste en atender el componente emocional de la salud mental desde el autocuidado y cuidado colectivo entre mujeres. Es por ello que se reflexiona acerca de las experiencias de bordado colectivo como un espacio de creatividad social y acompañamiento a la construcción de autonomía emocional de las mujeres en un contexto de confinamiento por crisis sanitaria.

## AUTONOMÍA EMOCIONAL Y SALUD MENTAL

En México, las mujeres y personas con ingresos bajos forman parte de los sectores que presentan mayores niveles de ansiedad y depresión como resultado de las medidas de aislamiento impuestas durante esta crisis sanitaria (Equide, 2020). La salud mental, en su componente emocional, puede abordarse desde la autonomía al resignificar la tristeza, el miedo o la angustia, aún asociadas con una narrativa patriarcal de las emociones de las mujeres; asimismo, el feminismo aporta la dimensión comunitaria del acompañamiento hacia la autonomía emocional.

Marcela Largarde (1997) condensó recursos y metodologías del feminismo libertario para la emancipación de las mujeres desde la autonomía, la cual describe como una elaboración por construir y defender, basada en la propia experiencia de vida y, por tanto, única para cada persona.

Desde un enfoque histórico, la autonomía no estaría dada sino en potencia de ser constituida entre personas, organizaciones, instituciones y movimientos. Plantear la necesidad de autonomía en tanto mujeres no puede sino transformar nuestra identidad, basada tradicionalmente en la fusión con otras personas (Lagarde, 1997).

De acuerdo con Lagarde (1997), la autonomía se constituye a partir de procesos vitales: puede partir de un enunciado subjetivo para convertirse en un conjunto de hechos concretos. Este enunciado referiría a lo autonómico verbalizado como inicio de su elaboración. De esta manera queda de relieve la importancia de la experiencia intencional y consciente que se elabora en lo cotidiano, en lo dialógico, mas no en lo unilateral, pues es un pacto social que requiere de mecanismos operativos para

funcionar. De ahí la propuesta de diversos colectivos de mujeres de ejercer y ejercitar la autonomía desde la experiencia creativa y artística accionada en el feminismo, que en crisis sanitaria como en otros tiempos, puede encontrar espacio en lo doméstico.

Lagarde (1997) propone plantear un horizonte estético desde donde hacer de la vida cotidiana una experiencia estética como seres autónomas. La autonomía específica de las mujeres se hace necesaria ante la opresión de género, pues en la condición patriarcal no existe. En la misma obra, la autora plantea que lo anterior es debido a que somos habilitadas para cuidar vitalmente a los otros. Hablamos de la construcción tradicional de las mujeres, aún vigente, que atraviesa un proceso de sincretización originado en la modernidad, la cual exige ocupar el centro de la propia vida desde lo normativo, sin las condiciones para hacerlo (Lagarde, 1997).

Para ella, el objetivo de la autonomía es constituirnos como individuos para resolver el conflicto entre ser para otros y ser para nosotras. Las formas colectivas y organización en autonomía desde las mujeres y el feminismo plantean estrategias para resguardar la salud, vida y libertad de las mujeres, partiendo de que necesitamos nutrirnos de nuestras experiencias y narrarlas para nombrar los caminos que hemos construido durante el atravesar de estos contextos, aprendiendo a ser individuos en colectividad.

Una clave de la autonomía lagardiana es la autosuficiencia: desarrollar capacidad de satisfacer necesidades propias en interdependencia, no en dependencia vital. Esta última surgiría del pacto entre mujeres: un compromiso de orden político. Este compromiso subyace en muchas iniciativas de mujeres contemporáneas, desde la revalorización de los círculos de mujeres hasta experiencias de comedores comunitarios feministas o no, pero sí de mujeres autónomas.

Llevar este compromiso al terreno de lo emocional abriría camino ante las contradicciones sociales que se manifiestan en el cuerpo, dado que “las emociones guardan una narrativa socialmente construida, por lo cual ‘es preciso cuidarlas desde lo colectivo en la misma línea que lo ético y lo político’” (Benedicto, 2018:616).

La desconexión entre lo racional, lo emocional y su asignación por género, como consecuencia de la individuación en el patriarcado, ha derivado en la asociación de lo femenino con lo emocional y lo corporal volviendo a las mujeres imprevisibles, susceptibles y poco fiables. Esta es la narrativa patriarcal de las mujeres y sus emociones (Benedicto, 2018:616).

La autonomía emocional es un concepto relacionado con la inteligencia emocional. La última sería producto de la unión de las inteligencias interpersonal e intrapersonal y se define como la capacidad de sentir, comprender, manejar y modificar estados

emocionales propios y en otras personas, lo cual deriva en una mejor convivencia social (Oliveros, 2018).

Según Oliveros (2018), la referencia a la inteligencia emocional aparece por primera vez en 1990 con Peter Salovey y John D. Mayer, para popularizarse en 1995 mediante los libros de Daniel Goleman, que adquirieron amplia difusión durante dicha década en el ámbito de la literatura de superación personal; posteriormente, diversos autores desarrollaron el concepto como categoría de la educación emocional hasta introducir la autonomía emocional como parte de las habilidades intrapersonales y competencias emocionales.

Entre los estudiosos de la educación emocional se encuentra Rafael Bisquerra, quien presenta un conjunto de competencias emocionales consistente en conciencia emocional, regulación emocional, autonomía emocional, competencia social, y competencias para la vida y el bienestar. Así, Bisquerra define la autonomía emocional de la siguiente manera:

Un concepto amplio que incluye un conjunto de características y elementos relacionados con la autogestión personal, entre las que se encuentran la autoestima, actitud positiva ante la vida, responsabilidad, capacidad para analizar críticamente las normas sociales, la capacidad para buscar ayuda y recursos, así como la autoeficacia emocional (Bisquerra y Pérez, 2007:71).

Entre los elementos constitutivos de la autonomía emocional mencionados destaca la autoeficacia emocional, cuyo desarrollo permite a la persona percibirse a sí misma con la capacidad de elegir cómo sentirse y aceptar su propia experiencia emocional de acuerdo con sus creencias sobre lo que constituye un balance emocional deseable (Bisquerra y Pérez, 2007).

En esta línea, Bisquerra y Pérez plantean una autonomía emocional no diferenciada por género, por tanto inespecífica para las mujeres, omitiendo las condiciones estructuralmente diferenciadas entre ellas y los hombres; además motivada y orientada hacia las competencias. En contraste, la propuesta aquí presentada acontece como una contranarrativa que conjunta voces en colaboración, reivindica la experiencia y revaloriza los saberes emocionales latentes de las mujeres, que no busca cuantificar la autonomía emocional, sino enunciarla y ejercerla.

La psicóloga afrodescendiente y feminista mexicana Alejandra Buggs (2015), directora del Centro de Salud Mental y Género, plantea su definición de la autonomía emocional:

Un estado afectivo y efectivo que se caracteriza porque la persona es capaz de gestionar sus propias emociones y sentirse segura sobre sus elecciones y objetivos que se plantea ante la vida, aunque en ocasiones el resultado no necesariamente sea el más exitoso, siendo capaz de asumir tanto el éxito como el fracaso.

La autora sostiene algunas similitudes con la mencionada propuesta de Bisquerra, así como aportaciones propias; introduce, por ejemplo, la dimensión afectiva a la autonomía emocional; afirma, además, que ésta es una actitud que abarca características relacionadas con la autogestión personal, como autoconocimiento, autoaceptación, autoconciencia, autoconfianza, autoestima, autoeficacia, automotivación, actitud positiva ante la vida, resiliencia, responsabilidad, capacidad para buscar ayuda y recursos. La autora enfatiza que éstos contribuyen con la construcción del bienestar subjetivo. Este tipo de autonomía, según Buggs (2015), permite a la persona vivir en concordancia con su “teoría personal de las emociones”, en la cual la autoeficacia emocional resuena con valores morales propios.

La autonomía emocional de Buggs (2015) centraliza la reapropiación emocional desde el término de la autoeficacia –que recuerda la autosuficiencia lagardiana en tanto permite superar la dependencia vital– como acto que permite decidir y regular conscientemente la emoción que se desea o no experimentar y su modo de manifestación. “Si somos personas autónomas vamos a ser nosotras mismas quienes decidamos qué conducta adoptar ante cierta situación y ante la emoción que estemos experimentando” (Buggs, 2015).

Retomando a Marcela Lagarde (1997), para ser autónomas las mujeres necesitamos redefinir nuestra vida en torno a nosotras mismas; tener como primera referencia la auto-identidad significa hacer un conjunto de procesos que liberen la propia vida de la actuación ajena, es decir, ser no sólo actoras, sino también autoras de la propia vida. Ser actoras es afirmar la libertad en la experiencia vivida, mientras que ser autoras implica tener o adquirir los recursos para comprender la vida desde un lugar que no sea la cultura dominante, sino, en este caso, la cultura feminista. Reinterpretar nuestra vida desde otro enfoque es posible mediante la elaboración de la biografía como un elemento crucial para la construcción de las mujeres como sujetas (Lagarde, 1997).

En una sociedad marcada por el capitalismo y el individualismo, la definición de autor o autora, que consiste en atribuir a una persona una idea u obra, implica un proceso de conservación, de validación y de perpetuación en el tiempo (Gargallo, 2020). Desde este supuesto, Gargallo (2020) plantea si la asignación de una autoría es una construcción masculina del individuo colonialista que impone sus ideas, acciones y producciones sobre las que otras personas realizan. En este caso, la asignación de autorías en tanto mujeres, nos otorgaría una autoridad para reconocernos como

miembros destacados de nuestras sociedades, por lo cual Gargallo (2020) plantea la posibilidad de que sería más liberador crear sin asignarnos un papel de representantes y portavoces.

Ante estas posturas, aparentemente encontradas, vale recordar la conversión de valores femeninos en valores feministas como un proceso. Es decir, que para pasar a la desaparición de la autora, inicialmente ésta debe nacer. El reconocimiento de autoridad y autoría entre mujeres tiene la posibilidad de ser dinámico y dar cabida a una multiplicidad de voces como a autorías colectivas que tienen derecho a nombrarse sin una intencionalidad de prominencia, sino de dignificación.

Elaborar un recuento de la propia experiencia y reconocerse con la capacidad de apropiarse de la historia vivida, colabora con la construcción de autonomía al visibilizar los recursos que hemos ejercido para sobrevivir al terror de Estado del que habla Gargallo (2020). Hacer de este un proceso colectivo permite mirarse en otras vidas e iniciar la dinámica comunitaria al reconocer la no existencia de una sola historia.<sup>1</sup>

La naturaleza multi-historiada de la vida es un planteamiento fundante de las prácticas narrativas propuestas por Michael White y David Epston (1990) cuya clave es considerar la manera en la que las historias moldean las identidades de las personas. Así, la reautoría es una práctica que parte del supuesto de que la experiencia es más rica que la narración y contiene una historia no relatada que emerge a partir de conversaciones, en las cuales las personas elaboran argumentos alternativos hacia un tema o territorio particular.

Desde la propuesta aquí presentada, la autonomía emocional se plantea como la posibilidad de que las mujeres puedan reautorizarse en relación con sus emociones hacia la dignidad como valor feminista, prescindiendo de la medicalización y más allá de la clasificación psicopatológica.

## ARTE TEXTIL COMO ACCIÓN POLÍTICA DESDE LO COMUNITARIO

La práctica textil ha estado presente en expresiones artísticas y culturales de diversos tiempos y culturas, específicamente asociada con lo femenino, dado que se elabora en el

---

<sup>1</sup> “El peligro de una sola historia” es el título de una charla de Chimamanda Ngozi Adichie en la que aborda cómo los relatos dominantes se institucionalizan como verdades según quien los enuncie y cuándo, activándose, por lo general, desde posiciones de poder. La consecuencia de una sola historia, según la escritora, es el despojamiento de la dignidad de las personas [[https://www.youtube.com/watch?v=F3cIVHUnbXI&t=6s&ab\\_channel=jaritac](https://www.youtube.com/watch?v=F3cIVHUnbXI&t=6s&ab_channel=jaritac)].

ámbito doméstico y privado, vista como una actividad supuestamente fácil y compatible con el cuidado de la familia y la casa. Aminta Espinoza, Ricardo López y Fernando Plascencia (2019) profundizan en ella como un acto a favor de la memoria y describen ejemplos de colectivos y poblaciones de mujeres que encontraron en la práctica textil un entramado para hacer comunidad. Mencionan, al inicio de su artículo “El textil es huella contra el olvido”, que la práctica textil guarda una fuerza constructora y reparadora, la cual se manifiesta en el acto donde se construyen significados a partir de la imagen y de la acción, antes del resultado.

Ilustran su reflexión con ejemplos cercanos, como el del colectivo Familiares Caminando por Justicia del estado de Michoacán, en México, en el cual las fundadoras, madres en duelo, se reunieron en espacios públicos de Morelia para bordar nombres y rostros de familiares desaparecidos. Una de las madres relató para la autora cómo el textil y el bordado han sido clave en su “hacer comunidad”:

Al ocurrir una desaparición forzada se hace un gran silencio en el entorno, silencio en la familia, nadie tiene palabras para describir el dolor. Por eso, bordar colectivamente es una actividad que nos fortalece y dignifica. El arte nos ha dado visibilidad a las familias. Bordando les regresamos su rostro a quienes siempre nombramos, a los ausentes (Evangalina Contreras, comunicación personal, 2018; en Espinoza *et al.*, 2019).

Al respecto, resuena lo dicho por Gargallo (2020) sobre el arte, que germina en conexión con otra gente, y la denuncia del presente:

Del horror puede aflorar un aspecto cultural de resistencia [...] La resistencia puede transformar la impresión del desagrado ante un hecho violento en la fruición por lo que potencia la fibra de la o el sobreviviente. Autonomía y autogestión del gusto, libre interpretación de lo real en la formación de la subjetividad de un colectivo y de cada persona que lo integra (2020:79).

De esta manera, el arte funge como canal donde el dolor transmuta hacia una resiliencia basada en la dignidad y en la capacidad de elegir qué hacer con la experiencia que nos construye.

Espinoza *et al.* (2019) también mencionan a las tejedoras de la sierra de Zongolica, Veracruz, quienes a partir de la tradición textil afrontan la violencia económica ejercida sobre sus cuerpos y encuentran reconocimiento político y social. El artículo retoma lo dicho por Miguel Ángel Sosme Campos (2015): “el hecho de que las mujeres indígenas analicen su cultura y se miren a sí mismas de forma sincera y crítica les ha permitido renunciar a los valores comunitarios opresores, sin que esto signifique que renuncien

a su identidad étnica” (citado en Espinoza *et al.*, 2019). Esta afirmación ejemplifica cómo la práctica textil colectiva, que implica un diálogo en el sentido que David Bohm (1997) lo concibe: penetrar en el proceso del pensamiento para transformar el proceso del pensamiento colectivo; así funciona como una vía de conocimiento y revisión propios, que permitiría descartar narrativas que no se desea que continúen representando un modo de vivir.

Ejemplos como los anteriores manifiestan la utilidad del arte y de la experimentación textil, que sirve a la promoción de la memoria y creación de “nuevos universos simbólicos, generando estrategias de resiliencia a través de la práctica y del intercambio comunitario” (Espinoza *et al.*, 2019:29). En estos nuevos universos encuentra su espacio la autonomía emocional de las mujeres desde el develamiento de las estrategias latentes que cada una construye desde su experiencia. La autora enfatiza que los casos mencionados surgieron de la iniciativa popular, donde existe intención de las participantes “por mejorar sus condiciones de vida, además de la necesidad de tener espacios seguros de expresión y acción comunitaria”, funcionando como referencia para el trabajo mediado por el arte, con la violencia de género como problemática, creando soluciones y resiliencia.

Espinoza *et al.* (2019) afirman que las características opresoras culturalmente asociadas con el quehacer textil, que lo clasifican como un “oficio menor” y apto para capacidades intelectuales limitadas, también lo convierten en ideal para resignificar el papel de las mujeres en el sistema patriarcal.

Galia González (2020) reflexiona acerca del bordado como acto político de resistencia. Ella menciona que antes de la escritura, probablemente las personas filosofaban con textiles como lenguaje milenario, desde donde daban cuenta de formas de pensar la organización del mundo y el cuerpo; lenguajes transmitidos por medio de los afectos de las mujeres, lo cual es muestra de su cualidad colectiva.

Las posibilidades expresivas y reivindicativas del bordado, el tejido y otras manifestaciones textiles, recaen en la fuerte carga simbólica que poseen, la cual puede ser cuestionada y modificada de manera consciente, además de que el contexto íntimo en el que normalmente surgen es propicio para la reflexión.

Lagarde (1997) menciona que la subjetividad es central en la construcción de autonomía; en línea con lo simbólico, es posible pensar en este espacio reflexivo y consciente como una posibilidad idónea para elaborar el aspecto emocional de la autonomía, el cual suma subversividad al esfuerzo de esta construcción, dado que lo emocional, como el bordado, es considerado de poca relevancia en el entorno patriarcal de la razón. La práctica textil:

Implica apropiarse de una actividad opresora, para usarla como un medio emancipatorio, que lleva la voz pasiva, sumisa e invisible al ámbito público; que pone el cuerpo para expresar, a través de hilos, silencios, miedos y todo lo que las palabras no pueden describir. Por esta razón, resignificar las prácticas textiles es resignificar las labores que se les ha destinado de forma obligatoria a las mujeres, así como los espacios a los que éstas pertenecen (Espinoza *et al.*, 2019:31).

De esta manera, por medio del relato oral o bordado, las emociones podrían también ser resignificadas. La autora concluye que la práctica textil posee “una importancia vibrante y performática al realizarse con otras mujeres, haciendo que de ellas broten objetos y significaciones que serán evidencia de su existencia” (González, 2020). En su dimensión comunitaria reivindica el encuentro colectivo alrededor del textil como un espacio que cuestiona desde lo performativo el ideal tradicional de “mujer silenciosa y solitaria” al tiempo que dependiente. Estas acciones parecen hacer resonancia con el planteamiento de Marcela Lagarde en torno a la necesidad de transformar la identidad de las mujeres basada en la fusión con otras personas, como camino hacia la autonomía emocional.

#### MUJERES BORDANDO EN TIEMPOS DE CONFINAMIENTO

En su artículo “Bordar es resistir”, Galia González (2020) describe que las mujeres encontraron en la práctica textil lenguajes para construir resistencias y defender su derecho a la palabra, a la poesía y a la vida digna ante la intención patriarcal de despojarlas de lenguajes artísticos mediante el confinamiento al ámbito doméstico que facilitó la imposición del bordado o tejido. Esta reflexión previa al confinamiento por crisis sanitaria, adquiere mayor sentido en la actualidad, donde la restricción a la casa nos recoloca en lo doméstico y, en muchos casos, en convivencia permanente con la pareja, hijos e hijas, espacios donde se hace necesario retomar estos lenguajes de resistencia.

González (2020) plantea que el bordado accionado desde el feminismo, tiene la facultad de “configurar críticas a las estructuras que mantienen a las mujeres y a las corporalidades no hegemónicas, junto con sus saberes, en lugares de subordinación”. Ella retoma lo ocurrido en 1909 con las sufragistas estadounidenses, quienes en huelga de hambre en la prisión Holloway, plasmaron su memoria bordando cada una su nombre en un estandarte que constituyó un documento textil de denuncia y un posicionamiento político, destacando que lejos de la firma en un documento de papel, accionaron un saber corporeizado en clave de resistencia: el bordado. Este saber corporeizado es un encuentro con el concepto de cuerpo vivido, que lo vuelve a colocar como lugar central

del conocimiento y permite emerger nuevamente a la subjetividad como fuente legítima de la acción política en lo personal y colectivo.

Bordar, como conocimiento colectivo y rizomático,<sup>2</sup> es opuesto a la linealidad del conocimiento masculino, a su validación institucional, a su individualidad y a su jerarquía (González, 2020). En contraste, la autonomía emocional feminista es contranarrativa de las emociones de las mujeres en el patriarcado. La autora concluye: bordar es dar paso a otras maneras de conocer y sentir mundos. Bordamos y configuramos realidades, recuperamos e ideamos resistencias.

### EXPERIENCIAS DE ACOMPAÑAMIENTO MEDIANTE EL BORDADO FEMINISTA

Situadas en el contexto de pandemia, diversas iniciativas feministas convocaron al encuentro virtual de mujeres por medio del bordado en colectivo. A continuación recorreremos tres experiencias surgidas en México, las cuales fueron compartidas para fines de la realización de este artículo en un formato de plática libre por videollamada.<sup>3</sup> Ellas son la colectiva Comunidad de Mujeres Magenta, y las bordadoras e investigadoras Luz Cuevas y Galia González.

Comunidad de Mujeres Magenta es una colectiva de pedagogas y mediadoras de lectura feministas; fue creada en 2014 en la Ciudad de México. Ellas se dedican a leer las palabras de las mujeres, y como editorial elaboran publicaciones autogestivas. Desde febrero de 2021 llevan a cabo, de manera virtual, “Bordando la palabra” y “Laboratorio de bordado libre feminista”, iniciativas que surgen, como ellas mencionan, de la búsqueda y el deseo de seguir creando y conectando con la vida como mujeres que habitan el espacio urbano, y de ampliar sus herramientas políticas para nombrarse.

Esta colectiva considera que las prácticas de bordado potencian el diálogo interno, conformando así una herramienta que puede emplearse en el proceso pedagógico, terapéutico, político y de sanación, que al colectivizarse, invita a repensar las relaciones y vínculos entre mujeres. Destacan que su experiencia en los grupos de mujeres que bordan ha consistido en la posibilidad de politizar las prácticas de bordado y romper silencios impuestos a las mujeres.

---

<sup>2</sup> Modelo descriptivo o epistemológico en el que la organización de los elementos no sigue líneas de subordinación jerárquica, sino que cualquier elemento puede afectar o incidir en cualquier otro (Deleuze y Guattari 1972:13).

<sup>3</sup> Comunicación directa realizada el 15 de febrero de 2021 por Zoom y WhatsApp.

Por su parte, la psicóloga Luz Cuevas lanzó Lani Borda como iniciativa que comenzó en el entorno presencial del Estado de México, y que se ha concretado en el periodo de pandemia; su primer taller virtual surgió una semana antes de que el confinamiento fuera declarado. Luz Cuevas nombra a sus talleres “Acompañamiento emocional a través del bordado”, son dirigidos a mujeres adultas, desde una postura feminista. “Creo que no puedes desligar tu postura de lo que haces o de lo que compartes, de tu práctica profesional. Para mí, el feminismo es una postura política que me ha atravesado, desde ahí propongo este acompañamiento, en lugares colaborativos y exclusivos para mujeres”.

Desde su perspectiva, la pandemia hace imprescindible para las mujeres recuperar espacios, pues notó la necesidad del acompañamiento desde una implicación personal para recobrar la fuerza y escucha que se puede generar entre ellas.

Cuevas plantea que bordar es un acto político que puede vincularse con la salud emocional generada por el acompañamiento, que toma importancia al considerar la creciente precariedad de las mujeres. De esta manera surge la necesidad de abordar estas problemáticas desde lo colectivo y colaborativo, pues un proceso de psicoterapia individual es inaccesible para la mayoría de las mujeres. “Me di cuenta de que el bordado puede ser una vía que permite ampliar historias, hablar de significados y dar esperanza en el mismo acto”.

La creadora destaca el acto de compartir, no desde lo académico, sino desde la experiencia del cuerpo, observando que la salud se enmarca también en un sistema patriarcal violento y capitalista, que trae consecuencias perjudiciales a la salud de las mujeres. Considera también que aunque permanezcamos la mayor parte del tiempo en casa, las mujeres trabajamos más, lo cual nos resta tiempo para dedicarnos a nuestra salud. “La ansiedad y depresión están al tope. ¿Qué tanto tiempo tenemos para nosotras mismas?, ¿qué tanto dedicamos a nuestra salud o, si quiera, a la reflexión sobre ella?, ¿en qué momento te centras en escuchar lo que le está pasando a tu cuerpo?”. Por ello, lanza su iniciativa también como una crítica a la estructura del capitalismo patriarcal. “El bordado, al ser tangible, brinda herramientas para transpolar lo que se hace en el bordado a lo que se hace en la vida cotidiana”.

Desde la historia del arte, Galia González, creadora de Galia Hilos, originaria de Guanajuato, lleva a cabo el círculo de bordado feminista “Puntadas filosas”, de manera virtual. Ella concibe al bordado como un acto desde el cual se crea conocimiento partiendo de lo performativo, por lo cual lo plantea como una epistemología en el lenguaje de los hilos.

Ella plantea que bordado como epistemología no responde a los mismos lineamientos del conocimiento producido en el sistema patriarcal: no busca objetividad, no busca tampoco la verdad por encima de todo, no busca la violencia. Busca el conocimiento

situado, busca parcialidad, busca que las voces de todas se escuchen para construir una narrativa compleja y desde la diversidad.

Menciona que el bordado representa una posibilidad de construir lazos que permitan hacer este mundo vivible para todas, accionándose en cada contexto. Estos lazos estarían sostenidos a partir de una resistencia de miles de años por el trabajo con los hilos, un conocimiento específico que no tiene que ver con la palabra sino con el cuerpo, que permite entendernos con mujeres de hace siglos o a miles de kilómetros de nosotras.

Un referente para González son los estudios de performance, desde los cuales afirma que las prácticas construyen significados, mundos, y corporalidades. “El bordado no ha sido siempre una práctica que produjera corporalidades en libertad. No fue siempre un espacio de liberación, fue impuesto a través del patriarcado para estar calladas, bordando en nuestra casa”. Así, es desde la reivindicación de la práctica textil que nombra feminista al bordado que propone y realiza, ya que en su reflexión, el bordado accionado desde el discurso patriarcal mantiene a las mujeres en un espacio de subordinación epistémico, social y económico, pero también afectivo.

El bordado feminista es una concreción y ejercicio de la imaginación radical, un término de Donna Haraway (1984), mencionado por la creadora en entrevista, que alude al feminismo como posibilidad surgida de mujeres que han imaginado la posibilidad de vivir de mejores formas. “Cuando estamos bordando, estamos construyendo un mundo de nosotras y esto es feminista”.

“Puntadas filosas” es un círculo de reflexión feminista a partir del bordado, que surge de insistir en construir colectividad y organización a pesar de la virtualidad. En este espacio, las participantes experimentan la posibilidad de crear lazos a partir del gesto del bordado.

González menciona que la mayoría de las participantes regresaron al bordado con la pandemia, y considera que este retorno está relacionado con el confinamiento forzado del cuerpo durante la pandemia.

A esta condición precede una subordinación del cuerpo a la razón enaltecida en lo patriarcal, donde el cuerpo queda debajo con los afectos y todo lo que en él acontece, amplía González.

Por tanto, la creadora reafirma que el bordado ha sido una forma de recuperar al cuerpo que había sido silenciado; esta práctica ha abierto grietas en la virtualidad, que separa corporalmente mediante la imposición de la pantalla, al ofrecer la posibilidad de sentir a la otra que, del otro lado, comparte el mismo gesto.

Pese a que “Puntadas filosas” no fue pensado con el propósito de ser un espacio de acompañamiento emocional, las participantes han vuelto a habitar desde el cuerpo y los afectos; hecho que es interpretado por González como un fenómeno que se da al crear lazos desde el bordado, puesto que en las reflexiones han planteado cuestiones en

torno a los duelos por covid-19, preguntándose ¿cómo vamos a negociar las mujeres con el trauma y con los dolores que nos está dejando esta pandemia?

El círculo de bordado de Galia González ha develado, como ella menciona, la importancia de dejarnos afectar por las otras sintientes en un contexto de aislamiento social. Los espacios seguros para escuchar a las otras pueden construirse en el compartir el gesto con los hilos, esta es la posibilidad que nos dan los hilos de construir mundos desde lo afectivo.

## CONSIDERACIONES FINALES

La autonomía emocional de las mujeres es un proceso en elaboración. Así lo permiten observar las experiencias compartidas en el apartado anterior, las cuales dan cuenta de que, proponiéndoselo o no, las mujeres crean y comparten estrategias colectivas, que parten de lo comunal y afectivo, para resistir a las narrativas de aislamiento social, presentes en la crisis sanitaria por pandemia de coronavirus.

De los testimonios expuestos, un punto en común es la autogestión. Las creadoras plantean estas propuestas dentro del feminismo autónomo, en contextos precarizados tanto para el arte, textil en específico, como para la salud mental de las mujeres, confirmado que mediante la práctica textil y la creación de lazos comunitarios, es posible construir espacios para relatar emociones e, incluso, transitar duelos.

Establecer vínculos entre mujeres de geografías remotas –posibilidad paradójica de lo virtual– mediante el gesto del bordado, centraliza el proceso creativo experimentado en el cuerpo en contranarrativa de la razón patriarcal que subordina lo afectivo, un hecho que la virtualidad acentúa mediante la pantalla y el *chat* como medio de interacción. Es aquí donde se ubica la grieta mencionada por González en el apartado anterior: aquella que el bordado feminista en colectivo abre en la virtualidad.

Este proceso performativo parece alinearse con lo que las feministas comunitarias denominan “acuerpar”: acto político y consciente de sentir las injusticias y el dolor de otros cuerpos, sanando de esta manera las memorias de dolor instauradas en el Abya Yala (Cabnal, 2015; citada por Torres, 2019:41).

De esta manera, el bordado feminista se plantea como herramienta política colectiva mediante la cual las mujeres pueden recuperar espacios en los cuales construir lazos a partir de memoria presente en el gesto.

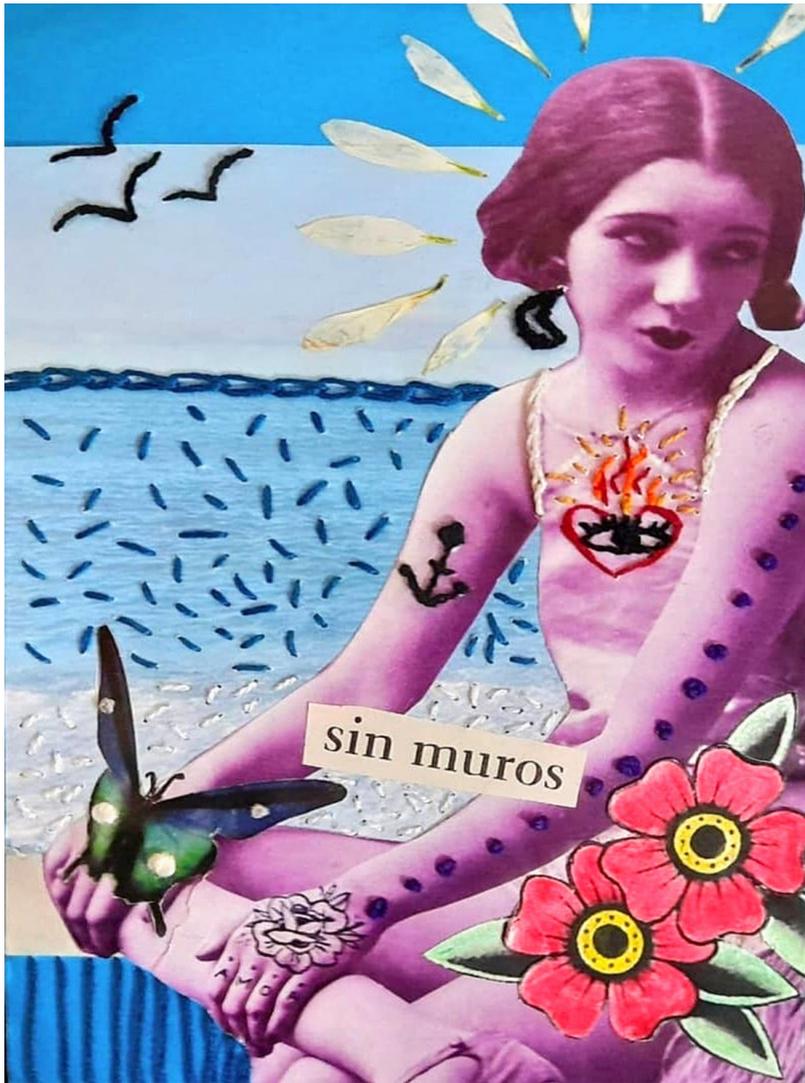
Estos vínculos sostienen, por un lado, al acompañamiento como generador de salud mental en tanto procesuales, ya que, finalmente, no se proponen erradicar la ansiedad o la depresión, sino acuerpar dichos estados en tanto acontecen. Por otro, la creación

de significados que da un giro a la narrativa patriarcal de las emociones de las mujeres, develando y dignificando los recursos emocionales y afectivos que les han permitido resistir juntas en autonomía emocional ante contextos de violencia recrudescida, aislamiento social, e interacción mediada por la virtualidad.

## REFERENCIAS

- Benedicto, Clara (2018). “Malestares de género y socialización: el feminismo como grieta”, *Revista Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 38(134), septiembre, pp. 607-625.
- Bisquerra, Rafael y Nuria Pérez (2007). “Las competencias emocionales”, *Educación XXI*, vol. 10, Universidad de Barcelona, pp. 61-82 [<http://revistas.uned.es/index.php/educacionXX1/article/view/297/253>], fecha de consulta: 14 de febrero de 2021.
- Bohm, David (1997). *Sobre el diálogo*. Barcelona: Kairós.
- Buggs, Alejandra (2015). “Autonomía emocional, un estado afectivo y efectivo”, *Cimac Noticias* [<https://cimacnoticias.com.mx/noticia/autonomia-emocional-un-estado-afectivo-y-efectivo/>], fecha de consulta: 10 de febrero de 2021.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1972). *Capitalismo y esquizofrenia 1*. París: Minuit.
- Equide (2020). *Encovid-19*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.
- Equis, justicia para las mujeres/Red Nacional de Refugios/Intersecta (2020). *Las dos pandemias. Violencia contra las mujeres en México en el contexto de covid-19* [<https://equis.org.mx/wp-content/uploads/2020/08/informe-dospandemiasmexico.pdf>], fecha de consulta: 10 de noviembre de 2020.
- Espinoza, U.F.A., Ricardo López y F. Plascencia (2019). “El textil es huella, acción contra el olvido”, *Arte e Investigación* (16), e035, noviembre [<http://papelcosido.fba.unlp.edu.ar/ojs/index.php/aei>], fecha de consulta: 4 de diciembre de 2020.
- Gargallo, Francesca (2018). “Feminismo es la lucha de las mujeres para su buen vivir”, entrevista de Orsetta Bellani para *Pikara Magazine*, 21 de noviembre [<https://www.pikaramagazine.com/2018/11/francesca-gargallo/>], fecha de consulta: 3 de julio de 2021.
- Gargallo, Francesca (2020). *Las bordadoras de arte. Aproximaciones estéticas feministas*. México: Editores y Viceversa.
- González, Galia (2020). “Bordar es resistir: reflexiones feministas entre la aguja y el hilo”, *Hysteria Revista* [<https://hysteria.mx/bordar-es-resistir-reflexiones-feministas-entre-la-aguja-y-el-hilo/>], fecha de consulta: 10 de noviembre de 2020.
- Hackeo Cultural (2020). *Hackear la pandemia* [<https://hackeocultural.org/hackearlapandemia/narrativa/>], fecha de consulta: 7 de diciembre de 2020.
- Haraway, Donna (1984). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Lagarde, Marcela (1997). *Claves para el poderío y la autonomía de las mujeres*. Nicaragua: Puntos de encuentro.

- Lerner, Gerda (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica.
- Oliveros, Verónica (2018). “La inteligencia emocional desde la perspectiva de Rafael Bisquerra”, *Revista de Investigación*, 42(93), enero-abril. Venezuela: Universidad Pedagógica Experimental Libertador [<https://www.redalyc.org/jatsRepo/3761/376157736006/376157736006.pdf>], fecha de consulta: 12 de febrero de 2021.
- Torres, S. (2019). “La construcción subalterna de los feminismos populares en Colombia, 1970-2017”. Tesis doctoral. España: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid.
- White, Michael y David Epston (1990). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Nueva York: Norton.



El ojo del corazón que atraviesa muros y mira al mar.

ALEJANDRA COLLADO | *Sin muros*

Fotobordado sobre collage de papel (marzo 2021)